

Yo no quiero que te vayas

Carmela llevaba varios días, qué digo días, semanas, muy rara. No quería trabajar en el cole, ni en casa, ni tan siquiera ir a jugar al baloncesto, que era su deporte favorito. Manuela, su profesora, hasta le había castigado sin recreo por no traer los deberes. Pero, cosas de la experiencia, Manuela sabía que había algo más detrás de las pocas ganas de Carmela.

A la salida del cole, habló con su mamá.

- “Veo muy rara a Carmela, no sé lo que le pasa”
- Lleva unos días muy desobediente – le contaba la madre- ni tan siquiera quiere salir a pasear con la bicicleta, no ha querido ir a los entrenamientos de baloncesto.
- ¿Ha pasado algo?, ¿creéis que puede estar disgustada por algo?
- No sabemos nada, y no nos cuenta nada.

El siguiente día de colegio, Manuela hizo una actividad con todos los niños de la clase. Tenían que dibujar una cara contenta, y hacer una lista dentro de cosas que les hacían sentir así, y por el otro lado, una cara triste, con una serie de cosas que le hacían sentirse tristes. La respuesta no se hizo esperar, allí, en una carita contenta estaba escrito: “Las sonrisas de mamá; los besos de papá; jugar con mis amigos; los pasteles de la abuela” y por el otro lado, en letras bien grandes “que tú te vayas”. ¿Cómo no se había dado cuenta? Manuela llevaba en ese colegio 7 años, tantos como Carlota. Se acordaba de cuando llegó en primero de infantil, con su lengua de trapo; de cómo empezó a colorear; de cómo decía que no le gustaba dibujar, pero cuando le dejaba las pinturas de dedos llenaba toda la hoja de bonitos colores; de sus primeras letras; sus primeras lecturas; sus primeras sumas y restas; de la guerra que habían dado las divisiones y de los experimentos de “Sociales” y de “Natu”, porque como ella decía, ya les podían cambiar de nombre, que siempre seguirían llamándose así.

Pero sí, ese era su último año en el colegio, le habían concedido el traslado y se iba más cerca de su casa. La verdad es que aquella escuela, en aquel pequeño pueblo, se había convertido en su segunda casa. Las familias le habían hecho partícipe de cuantas celebraciones tenían, bodas, bautizos, nacimientos, comuniones, y por desgracia, algún que otro funeral. Era ya parte de todos aquellos niños, igual que todos aquellos niños y niñas serían parte de ella toda la vida. Y allí con todos esos recuerdos, estaba esa cara triste.

En el recreo llamó a Carlota, para poder hablar a solas con ella.

- ¿Por qué te pone triste que me vaya?
- Porque luego vendrá otro profe que no nos querrá y...
- ¿Pero y eso? ¿de dónde lo has sacado? Cuando yo he estado enferma, o de baja, han venido otros profesores.
- Sí.
- ¿Y no te gustaban?
- Sí, pero no tanto como tú.
- Bueno Carlota, no me digas eso. Todas las personas tenemos cosas buenas, y cosas que no son tan buenas. Hay que darle la oportunidad a la gente nueva que entra en tu vida de que te enseñen todo lo bueno que te pueden aportar.
- Pero yo no quiero que te vayas, porque seguro que quien venga no da las clases como tú.
- De eso estoy segura, pero... ¿te has parado a pensar que a lo mejor las da más divertidas?, o tal vez le guste el baloncesto, o salir con la bicicleta... Además, nosotras seguiremos en contacto.
- Pero me voy a poner muy triste.
- Mira Carlota, ¿te acuerdas de Jaime?

- ¿El niño que se fue el primero?
- Sí. A todos nos dio mucha pena que se fuera, además así, en mitad de curso. Su madre se tuvo que ir a otra ciudad y se fue con ella, ¿recuerdas?
- Sí, me acuerdo, lloramos mucho.
- Bueno, pues de vez en cuando recibo algún mensaje de su madre, que me manda fotos de Jaime y de su hermana. Están muy bien, van a un cole donde hay muchos niños, y hacen cosas súper divertidas. No es malo el cambio, todos los cambios traen cosas buenas.
- Pero cuando te vayas, te olvidarás de nosotros porque tendrás otros niños, y te olvidarás de mí.
- Te voy a contar un secreto. Todos los maestros y maestras tenemos en nuestra memoria a todos los niños y niñas a los que hemos ayudado a descubrir el mundo, y no se nos olvida uno solo.

No es que Carlota lo entendiera todo de golpe, que era una niña. Pero sí que entendió que seguro que el profe nuevo que venía, tenía cosas muy interesantes y divertidas que enseñar.

Pau Glez

Preguntas para después de la lectura

- ¿Alguna vez has sentido la pérdida de alguien cercano?
- ¿Si te sientes triste se lo dices a tus padres?
- ¿Tienes miedo a los cambios?